

## Leer, escribir, publicar, entre la provincia y el pago

# “La Brasa”, un “precipitado del ambiente”

Ana Teresa Martínez

...la provincia es límite y al mismo tiempo dependencia, gajes que el pago ignora

Bernardo Canal Feijoó, 1958

La Asociación Cultural La Brasa comenzó a reunirse como un grupo informal en 1925 en Santiago del Estero, lanzando paralelamente un manifiesto que hizo circular entre sus potenciales adherentes y simpatizantes. Se reunió regularmente, organizó conferencias y sesiones de lectura, hasta que en octubre de 1927 emprendió la tarea de publicar un “Periódico de artes y letras” en formato tabloide, que llevaba el nombre del grupo. El periódico se sostuvo hasta agosto de 1928, publicándose nueve números en total (uno de los cuales, doble). En el primero, la edición cerraba con una reflexión titulada “Motivos de arranque”. En ella se intentaba dar razones de la aparición de la publicación, evidenciando en ese mismo acto el carácter novedoso con que la misma se autocomprendía. Aunque no era la primera revista cultural aparecida en Santiago, **La Brasa** se decía “primer periódico santiagueño de artes y letras” y “órgano inmediato de acción del grupo intelectual homónimo, que ya vive su año tercero de realizaciones”, y en párrafo aparte destacaba: “Sale, pues, adscrito a un programa de agitación espiritual sistemática en nuestro medio”,<sup>1</sup> respondiendo a una “rigurosa oportunidad”, que el periódico describía del siguiente modo: “Santiago, pueblo de pobrísima o nula tradición intelectual, acusa en estos momentos un movimiento general de ‘espíritu’, que es índice seguro de principio de maduraciones morales”. Y es que la agrupación misma –decía más adelante– no respondía a “un acto de inspiración arbitraria”, sino a “un precipitado capital y propio del ambiente”. El topónimo “Santiago” aludía en este caso al núcleo urbano –no a la provincia–, ciudad que por entonces contaba unos 23.000 habitantes y que estaba lejos de albergar instituciones de educación superior (recién lo logrará en la década de 1960). ¿Qué significaba, entonces, ese “precipitado capital y propio del ambiente”? ¿Qué es lo que estaba precipitando en Santiago? ¿Cuál era el sólido que en la química local podía cristalizar y caer como por su propio peso? A diferencia de otras revistas de la época en Argentina, vinculadas también a las vanguardias literarias y artísticas, el pro-

grama de **La Brasa** aparece marcado, no por un debate ideológico o el deseo de renovación de formas estéticas, sino por un desafío local, cuya exploración nos puede orientar a entender otros modos de ser vanguardistas en los espacios periféricos de la Argentina de los años 1920.

En las páginas que siguen indagaremos sobre las características de lo que los brasistas describieron como un “precipitado”, exploraremos algunos indicios sobre la relación del grupo con la Biblioteca Sarmiento, una importantísima institución cultural local en ese momento y, para completar el cuadro, pondremos en comparación la revista con una contemporánea cordobesa, la revista **Clarín**. En esta triple aproximación veremos delinear un vanguardismo específico, que apunta rupturas vinculadas con sus condiciones de producción y muestra la pluralidad de tiempos que habitaban los años ‘20 argentinos.

### El precipitado

Leer, y sobre todo escribir y publicar son actos con condiciones de posibilidad específicas y generadores, a su vez, de transformaciones en los modos de producir, reproducir y circular la cultura. La palabra asume en estos procesos una condición de objeto por la representación en un soporte que permite la separación física del emisor y un viaje en el espacio y el tiempo, habilitando reinterpretaciones y construcciones de tradición a la vez más rígidas y más flexibles. Más rígidas porque el soporte que constituye la escritura permanece incambiado, más flexibles porque la habilitación para el anacronismo y el anatopismo que produce el texto desliza, sin decirlo, toda suerte de nuevas lecturas y resignificaciones, al punto de hacer inalcanzable rápidamente la palabra viva del emisor, con su significado propio en un lugar preciso de enunciación. El tratamiento del texto y la posibilidad de enunciar legítimamente el sentido confiere así un poder social que ha sido largamente analizado, de Norbert Elias a Jack Goody y de

<sup>1</sup> El destacado es nuestro, en éste y en los párrafos siguientes.

Lévi-Strauss a Foucault. Por eso los especialistas letrados han tenido siempre funciones especiales vinculadas con el poder social, allí donde hubiere escritura. Y los intérpretes y sus técnicas han ido ganando cada vez más importancia allí donde las tradiciones escritas se remontan en el tiempo o se dispersan en el espacio. El occidente moderno, fuertemente anclado en la escritura y en la imprenta, generó también su propio tipo de espacio letrado, con sus escritores, editores, públicos lectores, libreros, críticos y lugares rituales de lectura, escritura e interpretación. Los procesos de modernización latinoamericanos, rara vez exentos de violencia física y simbólica, se han apoyado en los siglos XIX y XX en la difusión de la lecto-escritura en español como en una condición de posibilidad fundamental para el desarrollo del estado y el mercado,<sup>2</sup> en un proyecto de democracia liberal que suponía autonomías individuales y cálculo capitalista. Estos procesos se han desarrollado de manera no sólo desigual sino también diferenciada, en la geografía de un país como la Argentina de fines del XIX y primeras décadas del XX, fuertemente volcado a la exportación de productos primarios desde su principal puerto de cara al Atlántico. La organización del territorio en una red con escasos hilos transversales y un único punto de fuga hacia Buenos Aires, facilitó la producción de espacios económicos, políticos, sociales y culturales de características diversas. El núcleo urbano de Santiago del Estero que, luego de ser cabecera de la implantación española en el sur de América, fue perdiendo prerrogativas e importancia ya en la colonia, tuvo en el período que nos importa, tras el fracaso del proyecto azucarero y la percepción de los límites de la agricultura de riego, una modernización económica con muchas características de enclave, centrada en el obraje maderero, cuyo funcionamiento y rentabilidad dependieron hasta los años treinta de la construcción de vías férreas y de la demanda de postes de la pampa húmeda en expansión. La capacidad de trabajo de una población campesina asentada en tierras fiscales o de propietarios ajenos, se convirtió en mano de obra excedentaria, temporalmente en busca de salario en las provincias vecinas o al interior del propio monte chaqueño. Esta población rural, que en 1914 alcanzaba al 86 % de la población provincial, en extensas zonas del territorio se comunicaba cotidianamente en quichua. La escuela, que difícilmente lograba internarse en la espesura del bosque o seguir los movimientos de los migrantes temporarios, no sabía además –no sabe hasta hoy– cómo alfabetizar en esa lengua oral, que desde su punto de vista debía ser más bien reprimida e ignorada. Pese a los esfuerzos, primero, del gobernador Absalón Rojas (1886-89) y, luego, del ilustrado Antenor Álvarez (1912-16), el censo de 1914 denunciaba el 66,2 % de analfabetismo en la provincia, el doble de la media nacional. A fines de 1927, luego de la importante gestión de Antenor Ferreyra al frente del Consejo de Educación, según consta en su Memoria de la Dirección General de Escuelas, el conjunto de la provincia contaba con 206 escuelas en 136.351 km<sup>2</sup> de población rural dispersa, atendidas por 647 maestros, a las que asistían 17.466 alumnos, seguramente un porcentaje reduci-

do en una población con altas tasas de natalidad, que en 1914 ascendía a 271.678 habitantes. El “movimiento espiritual” al que aludía **La Brasa** en aquel mismo año, vinculado evidentemente a las expresiones de la “alta cultura”, no podía entonces referirse más que al pequeño centro urbano de la capital, y tal vez a núcleos alfabetizados y lectores de algunas ciudades del interior, como La Banda o Añatuya, donde unos pocos abogados y médicos que habían podido estudiar fuera de la provincia, así como maestros, egresados del Colegio Nacional que ejercían el periodismo en alguno de los tres diarios locales y algunos comerciantes exitosos, además de los estudiantes, comenzaban a desarrollar un tipo nuevo de relación con la producción cultural legítima.

El texto de los brasistas –presumiblemente redactado por Bernardo Canal Feijóo– señala con acierto los indicadores de la transformación que veían iniciarse: “aumento de la lectura de obras puramente literarias o especulativas en las bibliotecas públicas”, “venta de la misma categoría de obras en las librerías”, una “disposición suficiente de responsabilidad pública a favor de los actos intelectuales o artísticos que se organizan”, surgimiento de “un número apreciable de jóvenes [que] rinden obra de devoción entusiasta al arte y a las letras” (sobresaliendo los poetas) y la “formación de centros y entidades culturales públicas”, entre las cuales destacan **La Brasa**.<sup>3</sup>

El impulso en la creación de instituciones culturales parece, efectivamente, acelerarse por esos años. Después de la fundación del Colegio Nacional, en 1869,<sup>4</sup> y de la Escuela Normal, en 1881, el principal hito que se puede señalar es el inicio de la Biblioteca Sarmiento en 1893, por iniciativa de la Sociedad Sarmiento, que desde su fundación en 1888 venía sosteniendo “una escuela nocturna para obreros” (LASS, 28 de octubre de 1925). Durante un extenso período, una preocupación central de las comisiones directivas fue dotar a la biblioteca de un edificio propio que le permitiera consolidar y ampliar sus funciones. Teodomiro Bravo Zamora, largamente miembro o presidente de la Sociedad, gestionó reiteradamente fondos del estado nacional para avanzar en la construcción de un magnífico edificio, que terminó su primera etapa en agosto de 1919 y precisamente en 1925 –el año de inicio de **La Brasa**– inauguró la sala de conferencias, que se consideraba fundamental, ya que no había “un local apropiado y céntrico que sirva para dar conferencias públicas, y ello retrae a intelectuales de fuera, privándonos de escucharlos” (LASS, 1922-23). No es extra-

<sup>2</sup> El proceso podría remontarse fácilmente a la invasión, conquista y colonización española, pero no es el caso extenderse aquí en ese tema. Cfr., entre otros, los trabajos de Aníbal Quijano.

<sup>3</sup> El concepto de “público” que permite incorporar a **La Brasa** en esa categoría, había sido enunciado por Juan B. Terán –fundador y por entonces rector de la Universidad Nacional de Tucumán– en mayo de 1925, en la conferencia con la que se inaugura el lujoso Salón de actos de la Biblioteca Sarmiento. Desde su posición liberal, luego de calificar la acción estatal de “canibalismo burocrático”, decía en ese momento, refiriéndose a la obra de la Sociedad Sarmiento: “He aquí pues, otro camino: desenvolver la acción privada, mostrar cómo de ella puede surgir la acción pública, porque no se distingue una de otra por las insignias de quien la ejerce, sino por el destino a que se aplica. Vuestra función es pública, tan pública como la de un ministro y tan fecunda como la de él” (Libro de Actas de la Sociedad Sarmiento. LASS 1925-45).

<sup>4</sup> Merece mención la importancia que tuvo la Biblioteca del Colegio Nacional, de 2830 volúmenes, que funcionó como Biblioteca pública hasta que, en 1877, el rector Canónigo Martín Piñero quemó una buena parte de las colecciones por razones ideológicas.

ño, entonces, que la primera actividad de los brasistas ese año haya consistido en organizar un ciclo de conferencias.

Unos años después de fundarse la Biblioteca Sarmiento, la iniciativa gubernamental de Antenor Álvarez había creado la Biblioteca Pública de la Provincia, la 9 de julio, el 18 de junio de 1915, utilizando como base las bibliotecas de la Legislatura, de la Corte Suprema de Justicia, del Consejo de Educación y de la Oficina de Límites y Estadísticas. Se especifica en el acta de fundación que la misma habría de contener una "sección especial de autores santiagueños" (Cartier de Haman, 1975), buscando visibilizar así la producción local, de la cual el mismo Antenor Álvarez, médico higienista, era un exponente destacado. Sin embargo, en 1919, el mismo año en que la Biblioteca Popular Sarmiento ocupa la primera parte construida de su edificio propio y traslada allí sus 5000 volúmenes, el gobernador de la provincia, Jose Cavanillas, ofrece a la Sarmiento los muebles y los 15.000 libros del fondo bibliográfico de la Biblioteca 9 de julio, con el fin de fusionarlas (LASS n° 3, 1919-25). El proyecto fue muy discutido y no se concretó, pero el dato habla por sí solo de las dificultades que veía el estado para sostener dos bibliotecas en la ciudad, y de la precariedad institucional de la 9 de Julio, que debió esperar hasta 1957 para tener un edificio adecuado. Dos años más tarde, en la memoria administrativa de 1921-22 (LASS n° 3, 1919-25), ha predominado la idea de una división de funciones, apuntando a diferenciar públicos lectores: que la Biblioteca Sarmiento se orientara sobre todo a un público adulto, como "biblioteca de consulta", y la 9 de Julio a la atención de escolares.

Por otra parte, en 1913 se había fundado la Biblioteca Socialista, y más tarde el movimiento vecinal de la segunda mitad de la década de 1920, que generó varias "Asociaciones de fomento y cultura" en distintos barrios de la ciudad, vino acompañado de la fundación de dos Bibliotecas populares: la Biblioteca Alberdi en Barrio Norte, en 1925, la Agustín Álvarez en Barrio Sud, en 1926. En la ciudad de La Banda, en el año 1927, por iniciativa del diputado Víctor Alcorta se asignan fondos para la construcción de un edificio que permitiera el funcionamiento de la Biblioteca Bernardino Rivadavia, que, creada en 1910, funcionaba en inadecuados locales particulares. En julio de 1927 se crea además, en la misma ciudad, la Biblioteca Juan Bautista Alberdi. También es 1927 el año en que se reabre el Museo Arqueológico de la Provincia, que, creado en 1917 para albergar la donación de la colección de Alejandro Gancedo (h), había quedado a cargo del Consejo de Educación y desde 1923 estaba cerrado al público, depositadas las colecciones en el sótano del Teatro 25 de Mayo. Su reapertura en 1927 formó parte de un movimiento de inquietud general por el conocimiento del pasado prehispánico de Santiago del Estero, que se extenderá por más de una década.<sup>5</sup>

La conformación de cierto público lector se puede percibir también a través de las estadísticas que llevó prolijamente la Biblioteca Sarmiento entre 1917 y 1925. Si en 1917 se registraba un total de

6904 lectores que hicieron ese año 1453 consultas, el período 1922-23 alcanzará un récord de 26.852 con 58.557 consultas, disminuyendo los años siguientes,<sup>6</sup> pero sin bajar ya de 30.000 consultas anuales. La construcción del edificio propio, con una bellísima sala de lectura, no debe ser olvidada como causa. Pero deberíamos pensarlo en términos menos lineales: no existiendo otra biblioteca en condiciones en la ciudad, la sala se convierte a la vez en condición de posibilidad y en productora del público lector, y lo más interesante es el cambio cualitativo, ya que es posible ver crecer la proporción de público adulto y especialmente de mujeres que hacían uso de la Biblioteca. En 1917, sólo el 5% de los lectores totales (niños o adultos) eran mujeres; en cambio, en 1922 ese porcentaje alcanzaba al 43%. Al mismo tiempo, aparecía el hábito de la lectura en un público adulto. Desde el momento que se consigna ese dato en 1920-21, los mayores de edad alcanzan al 37% y llegan, en 1922-23, a ser el 65% de los lectores de la biblioteca.

Como vimos, los brasistas perciben también un aumento en la demanda "de obras puramente literarias o especulativas". Las estadísticas de la Biblioteca no nos ayudan a verlo si trabajamos con porcentajes sobre el total de las consultas, ya que el fondo bibliográfico se va ampliando y diversificando en géneros a lo largo de esos años, pero sí se advierte un aumento en números absolutos, pasando de 271 obras de literatura consultadas en 1917 a 2373 en 1922-23.

Por otra parte, si había crecido el público lector, también es notorio por esos años el aumento y la modificación del perfil de la producción bibliográfica santiagueña. Un relevamiento de la producción de literatura de autores santiagueños realizado por Enrique Landsman en 1992 para su tesis de licenciatura, que comprendió las obras existentes en las bibliotecas 9 de Julio, Sarmiento, Antenor Álvarez y Alberdi, además de algunas bibliotecas privadas, ofrece datos reveladores.<sup>7</sup> En primer lugar, si se tiene en cuenta el conjunto de la producción relevada, hay que decir que los años veinte no constituyen un hito que se haga evidente en los gráficos de curvas. Más bien se produce un pico de publicaciones en 1916, que recién será alcanzado nuevamente en 1935, pero también es verdad que después de aquel año la media se mantiene constante y en alza, alcanzando en las décadas de 1930 y 1940 picos de producción que se interrumpen a mediados de la década de 1950, y no serán logrados ya en el resto de la muestra. Esto no significa que la percepción de los brasistas fuera errada, sino todo lo contrario. Ellos perciben un inicio y creen en su desarro-

<sup>5</sup> Para más detalles sobre el movimiento cultural en torno a la arqueología por estos años en Santiago, Cfr. Martínez, Taboada y Auat, 2011 [2003].

<sup>6</sup> Bravo Zamora atribuye en 1924 la disminución a una epidemia de gripe que obligó a cerrar las instituciones educativas y también la Biblioteca, y en 1925 a las molestias vinculadas a la construcción del salón de actos. No hemos accedido a estadísticas posteriores, que nos permitan calibrar si se recuperó el número de 1922-3 una vez terminadas las obras.

<sup>7</sup> Landsman, 1999. En su trabajo, Landsman registra todo lo publicado por autores santiagueños en forma de libro, es decir, como publicación independiente, con tapa y contratapa, aunque se trate de obras breves. Excluye por tanto las publicaciones en revistas, periódicos o panfletos. Y se entiende por autores santiagueños a todos los nacidos en la provincia o que, por haber vivido y publicado en ella, han sido considerados propios. El estudio abarca desde 1871, año de la primera publicación encontrada en los registros consultados, hasta 1998.

llo futuro y eso es efectivamente lo que ocurrió hasta 1955. Si hacemos un zoom sobre la muestra, re trabajando los datos en bruto que ofrece Landsman en el anexo de su tesis, podemos ver que en los doce años que van de 1902 a 1914 se registran 92 producciones, pero en igual período entre 1915 y 1927 las publicaciones de autores santiagueños<sup>8</sup> ascienden a 140, es decir, un 50% más. La distancia se acrecienta si prestamos atención a las características de la producción. Si sumamos las obras de ensayo, poesía, novela y teatro, en el primer período tenemos 23 obras (el 25% del total), en cambio en el segundo se han más que duplicado, ascendiendo a 51 (el 36% del total). Por otra parte, si en el primer período sumamos la publicación de discursos políticos a las obras de derecho y los planes de gobierno, es decir, las obras relacionadas con la organización y administración del poder estatal en la provincia, éstas ascienden a 45, es decir, casi la mitad de las publicaciones. En el segundo, han disminuido sensiblemente las producciones de derecho, aumentando los discursos políticos publicados y los planes de gobierno, completando 56 obras, es decir el 40%. En suma, los géneros de la política, aunque han disminuido proporcionalmente, están aún muy presentes y al mismo tiempo ha crecido —como bien lo vio La Brasa— la importancia de la literatura y la reflexión filosófica y ensayística, destacándose la poesía, que de 2 obras en el primer período analizado pasa a 17 en el segundo.

Por último, hay que decir que La Brasa no fue el primer grupo literario de jóvenes que existió en la ciudad. Como bien muestra Daniel Guzmán en su libro (2010), entre 1917 y 1920 existió una asociación de orientación ariologista denominada Los Inmortales, que también publicó una revista, **Bohemia**. Algunos de los inmortales, como Carlos Abregú Virreira, pasaron luego a ser miembros de La Brasa y, a pesar de las diferencias que podemos discernir entre ambos grupos, no es posible dejar de pensar que Los inmortales y **Bohemia** formaron parte de ese movimiento “de espíritu” que señalaban los brasistas.<sup>9</sup>

### Tensiones en la Sociedad Sarmiento: ¿lo nuevo y lo viejo?

Sin ánimo de extendernos sobre la historia de la Sociedad y la Biblioteca Sarmiento, que es objeto de análisis en otro artículo de este mismo *dossier*, nos importa detenernos en un momento específico, en el que es posible percibir tensiones entre el joven grupo La Brasa y la dirigencia de la Sociedad. La tensión, inesperada para quien conozca el lugar que ocupó la Asociación La Brasa en la historia de la cultura santiagueña, puede sumarse a un mapa de indicios ya percibidos, para sumar a una interpretación del rol que jugó la asociación en los años '20 santiagueños.

El hecho es que Bernardo Canal Feijóo, uno de los principales impulsores, fue aceptado como miembro de la Sociedad Sarmiento el 25 de agosto de 1924, y en mayo de 1925 fue elegido vocal de la Comisión Directiva, que se renovaba anualmente. Durante todo ese año lo vemos asistir regularmente a todas las reuniones de comisión, sin excepción. Importa recordar que es en junio de ese año que La Brasa inicia sus reuniones y actividades, aprovechando las posibilidades que le da la nueva sala de conferencias de la Biblioteca, inaugurada el 28 de octubre de 1925. En agosto es también aceptado como miembro de la Sociedad el Dr. Orestes di Lullo, y en abril de 1926 el Dr. Carlos Abregú Virreira, otros dos integrantes del grupo. Pero lo que llama la atención es lo que ocurre en una Asamblea Extraordinaria electiva celebrada el 14 de mayo de 1926. De los 130 socios que han sido convocados en segunda citación, están presentes 62,<sup>10</sup> entre los cuales 8 firmantes del manifiesto de La Brasa. Teodomiro Bravo Zamora abre la sesión diciendo que el objeto de la misma es elegir las nuevas autoridades de la Biblioteca. Y acto seguido, contrariamente a los usos habituales (se seguía un patrón bastante rígido), Rafael Contreras Lugones propone elegir por aclamación a Teodomiro Bravo Zamora “porque ese nombre significaba trabajo, capacidad, caballerosidad, y por los esfuerzos que había hecho por la casa, para llevarla al grado de adelanto actual”. El presidente agradece, pero pide se cumpla la forma de elección marcada por el reglamento, agregando que lo pedía “porque además, en contraposición a su nombre y compañeros de lista, había otra en la que figuraban hombres jóvenes, amantes del progreso cultural de este pueblo” (LASS n° 4, 1914-1925, folio 369-70). Es entonces cuando Orestes di Lullo pide la palabra “en nombre de la Asociación La Brasa”, para manifestar que “ella había resuelto retirar su lista por haber sido mal interpretada, preparándose para lo sucesivo, y que se adhería a la moción del Dr. Contreras Lugones”. La elección finalmente se realizó según el reglamento, siendo reelecto Bravo Zamora y su lista de nombres reconocibles en la historia de la Sociedad e ilustres en prosapia santiagueña.

Pocos días después, el 25 de mayo, se presenta la Memoria Administrativa del reelecto presidente Bravo Zamora. Está presente el gobernador. Tras una reflexión en la que se lamenta de las dificultades y la desidia que se experimenta en Santiago para las obras de cultura, Teodomiro Bravo Zamora destaca el logro que significa haber alcanzado a completar el edificio de la Biblioteca: “aquí, donde las emulaciones tienden más a destruir que a crear, aquí donde los antecedentes personales conocidos no sirven como en otras partes de baluarte contra la intriga y la infamia; aquí donde los méritos intelectuales de los hijos de esta tierra son siempre puestos en duda, justamente por aquellos que menos derecho tienen para juzgarlos, aquí, más que en ninguna parte se imponía la existencia de este centro de cultura, que es todo atracción, todo respeto y que se lo venera por los que lo quieren y lo formaron y que se lo admira por los que recién lo conocen” (LASS, 1925-45, folio 14). De inmediato se exploya largamente sobre la calidad de dos conferencias organizadas por la

<sup>8</sup> Hemos omitido las obras de Ricardo Rojas y de Raúl Orgaz del registro, por haber realizado éstos su producción residiendo fuera de la provincia, y no incidir de modo directo por lo tanto en el proceso que intentamos analizar.

<sup>9</sup> Para una comparación de varios aspectos de ambos grupos, consultar el Estudio preliminar de la reedición facsimilar del periódico **La Brasa** realizada por la Biblioteca Nacional (Martínez, en prensa).

<sup>10</sup> El número de asistentes al menos duplica el habitual en Asambleas anteriores, que oscilaban entre 15 y 30 socios.

Sociedad: la de Juan B. Terán, con la que se inaugura la sala, y la del erudito orador sirio-libanés, Dr. Habid Estefano, sobre "Armonías fundamentales de la vida". A continuación agrega: "A estos dos triunfos oratorios, que fueron todo un éxito, hay que agregar las conferencias que actualmente se dan en este salón por una asociación cultural que actualmente es una promesa para las satisfacciones del espíritu". La Asociación aludida no puede ser otra que La Brasa, que en ese año desarrolló su primer ciclo de diez conferencias sobre "La educación del sentimiento", con intervención de disertantes locales, brasistas en su mayoría. Luego continúa anunciando la invitación cursada por la Sociedad a Pablo A. Pizzurno, menciona el uso de las instalaciones por parte de La Sociedad de Beneficencia, el Colegio Nacional y la Sociedad del Magisterio Nacional, para concluir con nuevos planes de ampliación del edificio, la mención del aumento de lectores en el período y las siempre deficitarias cuentas de la Biblioteca, endémicamente endeudada con salarios y proveedores.

La tensión que atraviesa las actas de la Asamblea extraordinaria y las palabras del director el 25 de mayo no parece haber acabado aquí, ya que el 2 de abril de 1927, cercanos a las siguientes elecciones, se realiza otra Asamblea Extraordinaria, en la que 17 socios, contando al presidente —y entre los que está presente Canal Feijóo—, modifican el reglamento de la Asociación en lo atinente a las elecciones. Uno de los puntos es la modificación del artículo 4, por la cual sólo podrán votar en adelante quienes hayan cumplido al menos un año de socio. De haber existido esa reglamentación, buena parte de los brasistas no hubieran podido votar en 1926 y, sobre todo, Canal Feijóo no hubiera podido votar ni ser electo vocal en 1925. Las razones son bastante claras: "para evitar las sorpresas a que se exponen esta clase de instituciones por emulaciones ajenas al bien público y estabilidad de la institución" (LASS n° 4, 1925-57, folio 31). Por otra parte, según este nuevo reglamento las autoridades se renovarían cada dos años. Llama la atención que, a partir de ese año, no habrá miembros de La Brasa en la Comisión Directiva hasta el año 1933, en que Horacio Rava será electo vocal, y recién en 1935, diez años después de la Asamblea extraordinaria descripta, Bernardo Canal Feijóo volverá a formar parte de una comisión directiva, iniciando un período extenso en la presidencia y un proceso de renovación en diversos sentidos.

El hecho podría ser visto como una anécdota si no confluyeran allí varias series de episodios, si no fuera que la Sociedad Sarmiento era en ese momento en Santiago la institución cultural más importante de la ciudad y si no encontráramos en los procesos que hemos podido leer en la sociedad santiagueña de esos años, y en los textos de **La Brasa**, otros indicios de dificultades y rupturas que creemos marcan el modo de ser vanguardia de este grupo de santiagueños. En trabajos anteriores estudiamos los procesos de diversificación social que vivía Santiago por entonces, así como el carácter del grupo, tanto a través del origen social variado, pero vinculado en general a grupos acomodados aunque nuevos en la provincia,<sup>11</sup> como del análisis de las intenciones y programa de

acción de La Brasa, explicitados en el manifiesto de 1925. Lo que surge del conjunto es que las condiciones de posibilidad del desarrollo literario y artístico en la provincia constituyen una clave de interpretación ineludible. Los jóvenes de La Brasa no están tan preocupados por romper con formas literarias o artísticas anteriores como por construir sus condiciones de producción, en una ciudad todavía habitada por notables, para quienes escribir un libro o formar parte de una institución cultural formaba parte de los blasones familiares a exhibir para mantener el propio lugar social. En ese contexto, el intento del grupo parece haber estado centrado en proponer una nueva manera de relacionarse con la cultura, rompiendo con un "espíritu provinciano" reacio a todo lo que no pudiera controlarse desde las propias jerarquías locales y abriéndose a normas de producción cultural que los pusieran en contacto con otros horizontes. Pero esto no podía realizarse en forma de confrontación: había evidentemente algo de novedoso en La Brasa que molestaba, pero no era posible tensar la cuerda minando solidaridades y quitando al grupo todo piso institucional para desarrollarse. Los brasistas intentaron establecer una cabecera en la Sociedad Sarmiento, y cuando se les puso un límite lo aceptaron, disminuyendo la intensidad del empuje de cambio institucional para intentar otras estrategias. Una de ellas fue la publicación del "primer periódico de artes y letras de Santiago", a partir de octubre de 1927.

---

### **La Brasa y Clarín: nuevamente las condiciones de posibilidad**

Una breve comparación entre dos revistas culturales casi contemporáneas del interior del país, como la cordobesa **Clarín** y la santiagueña **La Brasa**, permite precisar aún más esta percepción de los condicionamientos que daban forma a la novedad del grupo de Santiago.

La revista **Clarín** se autopresenta como una revista "de síntesis literaria", publicada en un formato de periódico tabloide, similar al de **La Brasa**. Ambas exhiben en sus páginas sus vinculaciones con las vanguardias literarias porteñas y ambas dan tanta importancia a la pintura y la escultura como al ensayo filosófico y la literatura, destacándose la producción poética. Pero desde el primer número de una y otra se percibe una diferencia sustancial. Mientras **La Brasa** se concibe como respondiendo a la necesidad que surge de un despertar de inquietudes de cultura en Santiago, y dedica su primer número precisamente a informar sobre los resultados de un emprendimiento inédito en una provincia sin universidad ni tradición de investigación científica, **Clarín** surge como reacción a las críticas que recibiera la exposición de Emilio Pettoruti presentada en Córdoba en 1926. Abriendo fuego desde su primer número contra los intelectuales locales, en nombre de una "nueva sensibilidad" a la que la ciudad estaría cerrada, **Clarín** dice nacer "a la sombra de la aguja" de una "ciudad monacal y aburrida de la que algunos cordobeses descontentos y refinados suelen hacer el centro del infierno", anunciando que si pudo surgir allí **Clarín** "no estamos en el peor de los mundos" (**Clarín** n° 1: 2); **La Brasa**, en cambio, "aspira a encenderse con el fuego de todas las potencialidades espirituales que en estos momentos se animan en la existencia moral de

<sup>11</sup> Cfr. Martínez, Taboada y Auat, *op. cit.*; Martínez, 2003 y Martínez, 2007.

nuestra provincia” (**LB** n° 1: 7). Lejos de presentarse en referencia a una tradición cultural a la que oponerse para renovar, **La Brasa** se propone como movimiento fundador, canalizador, “agitador” para generar algo que no existe aún.

Si ambas revistas creen vivir “días ávidos y proteicos” (**Clarín** n° 1: 1), **Clarín** los inscribe en los movimientos de vanguardia que, desde Europa y desde distintos puntos de América, vienen revolucionando la literatura, el arte, el pensamiento y también las concepciones morales. Los días proteicos de **La Brasa** tienen que ver con la percepción del inicial movimiento local de interés hacia las artes y ciencias en general, que se presenta a sus ojos como “un auspicioso dinamismo espiritual” (**LB** n° 1: 7).

Como mencionamos en otro lugar (Martínez, en prensa), el modelo de **La Brasa** parece ser **Martín Fierro**, que también se evidencia como principal referencia de **Clarín**, sin que podamos dejar de presumir que esta última haya podido ser la pauta intermediaria para los santiagueños. Si **Martín Fierro** se editó de 1924 a 1927, **Clarín** se extiende del 30 de agosto de 1926 al 30 de junio de 1927, desapareciendo ambas pocos meses antes del primer número de **La Brasa**. Es de notar que **Clarín** sabía de la existencia del grupo de intelectuales santiagueños, ya que en un comentario al libro de poemas de Canal Feijóo, **Penúltimo poema del fútbol**, en el número 11 de abril de 1927, se dice que el libro llega “de Santiago del Estero, como una chispa de La Brasa de Bernardo Canal Feijóo”. Al mismo tiempo, el número de **La Brasa** dedicado a escritores y artistas de Córdoba, cuenta con un extenso texto de Saúl Taborda, segundo director de **Clarín**, quien además publica poemas propios y traducciones “para **La Brasa**” en otros números. En el número cordobés hay también una prosa de Manuel Rodeiro, asiduo colaborador de **Clarín** y presumiblemente el M.R. que firma el comentario al libro de Canal ya mencionado. Los textos de Taborda y Rodeiro ostentan firmas facsimilares en las páginas de **La Brasa**, lo que supone contactos personales al menos epistolares entre los dos grupos.

**Clarín** y **La Brasa** buscan hacer conocer las últimas corrientes dentro de las letras y las artes a públicos de lectores principalmente locales, y ambas se abren por eso más allá de sus fronteras provinciales. Sin embargo, mientras **Clarín** publica predominantemente textos de las vanguardias europeas, a veces en traducción y otras en lengua original, así como de grupos innovadores de Perú y Chile, porque se dirige a un público con alguna formación literaria, al que desea abrir a la “nueva sensibilidad”, **La Brasa** publica sobre todo a autores santiagueños y tucumanos, de diversas líneas y estilos, a los que se suman los cordobeses y porteños vinculados a la Reforma del '18 y a las vanguardias literarias. Los brasistas no pueden prescindir de ninguna línea de trabajo o pensamiento, porque de lo que se trata es aún de formar un público lector de poesía y literatura, impulsando al mismo tiempo la producción local. Más aun, tampoco pueden dejar de poner de relieve los avances en ciencias que se produzcan en una Santiago que no tiene universidad donde se normalicen esas actividades: de hecho, dedicará un número completo a la “4ta reunión de la Sociedad Argentina de Patología Regional del Norte”, destacada por ser la “primera reunión científica que se realiza en Santiago” (**LB** n° 5: 1).

Tal vez el punto más revelador en esta comparación, sea el contraste entre la actitud de **Clarín** respecto de Córdoba en el caso Pettoruti, y la de **La Brasa** en otro episodio en algún punto comparable: la publicación crítica de Capdevila en **La Nación**, luego de su visita a Santiago. No se puede dejar de ver, al aproximar ambos hechos, que Pettoruti era un representante de las vanguardias pictóricas, que además cumplía un rol importante como articulador de inquietudes artísticas y literarias en las provincias –como muestra Paulina Iglesias (2012)– y en cambio Capdevila había sido ya sepultado varias veces por **Martín Fierro**. Pero leídas cada una en su contexto, las reacciones muestran un cuadro de oposiciones y solidaridades diferentes en uno y otro caso, respecto de la sociedad local.

La posición de **Clarín** es clara: Córdoba es Pollinópolis por no haber entendido a Pettoruti. Posee 200.000 habitantes “pero no es una ciudad”, sino “apenas un villorrio por su idiosincrasia psicológica”. “La tontería corre aquí pareja con la falta de nobleza en los sentimientos”. Y esto lo dicen porque “al menos cinco mil” fueron a ver la obra del pintor, “la élite de Pollinópolis”, que luego de juzgar sin entender “durmieron saturados de perfumada tranquilidad pastoril. Y soñaron que eran importantes, y muy inteligentes y muy sabios”. El artículo sin firma, termina con un ruego en verso: “Jerónimo Luis de Cabrera / que aquesta ciudad fondades / que entre todas las ciudades / en necios es la primera / ¿Por qué non resucitades / e non la defondades / e fondades otra cualquiera, / Jerónimo Luis de Cabrera?” (**Clarín** n° 1: 6).

El desenfado que el autor (posiblemente Carlos Astrada, el primer director) se permite respecto de sus conciudadanos y colegas, así como la desenvoltura con que se refiere a la fundación de la ciudad, sólo son posibles allí donde la amplitud del público aludido disuelve la posibilidad de que la ironía sea percibida como alusión directa y personal; y donde la importancia indiscutible de la ciudad en cuestión permite hacer una humorada pública y escrita en torno a su existencia, sin que suene como un ataque a los cimientos de la vida común. Estas dos actitudes eran impensables en el Santiago del Estero de 1927, con su capital de 23.000 habitantes, sus índices de analfabetismo y la fama de incultura que pesaba sobre ella.<sup>12</sup> Todo esto tal vez hubiera podido pensarse e incluso decirse en ámbitos privados, pero no hubiera sido aceptable en un ámbito público que pretendiera generar y acompañar el crecimiento de un “movimiento espiritual” local. De hecho, cuando en octubre de 1927 Arturo Capdevila, luego de haber dado una conferencia –invitado por **La Brasa**–, ante lo reducido del público, escribe en **La Nación** que “contaminado de pueril barbarie en las tradiciones de la plebe, Santiago es todavía hoy una frontera, como en los tiempos de la conquista” (transcripción en **LB** n° 3: 2), la indignación de los santiagueños se desplegó en el diario **El Liberal**, pero sobre todo en un artículo de Canal Feijóo que, con ironía de tono vanguardista, hace cuerpo con sus

<sup>12</sup> Esta fama es la que siente necesidad de rebatir Teodomiro Bravo Zamora en su discurso de inauguración del salón de conferencias de la Biblioteca Sarmiento, explicando cómo Santiago fue sede del primer gobierno y del primer seminario del Tucumán. Y es también la que desea desmentir Ricardo Rojas cuando se hace eco de los cambios que percibió en una reciente visita a su provincia en los años que nos ocupan (Rojas, 1927).



conciudadanos en un artículo de tapa titulado “La susceptibilidad del poeta, la siesta santiagueña, el ritmo de las estaciones, el cinematógrafo y una injusticia más”.

La conferencia se había desarrollado en el Teatro 25 de mayo, que por sus dimensiones habría hecho más evidentes los vacíos que dejaba en la sala un “publucito” de menos de cien personas. Canal valoró la conferencia pero explica que esa tarde “Alguien hacía hervir el caldo de una de esas tormentas subtropicales hechas para restablecer el equilibrio de las estaciones”, y a eso se sumaba que había función en el cinematógrafo. El poeta, herido en su amor propio “de gloria literaria nacional, que tiene derecho cuando menos a una apoteosis provinciana todos los días”, “hubiera preferido el sacrificio colectivo por asfixia del noble pueblo santiagueño”. En suma, dice Canal, “yerra Capdevila por exceso y por defecto: por defecto de información acerca de las referencias sintomáticas que pudo recoger en la fugaz veintena de horas que permaneció en Santiago, y por exceso de susceptibilidad. Su artículo resulta de una incompreensión injuriosa para Santiago”, y menciona las más de 500 personas que habían escuchado disertar a Alfonsina Storni en la misma sala unos meses atrás, así como otros conferencistas y músicos invitados aquel año, para volver luego a ironizar sobre los presupuestos del poeta, quien se asombraba de la indiferencia que percibió al haber mencionado en su conferencia que Raúl Orgaz era santiagueño. “Pues claro –dice Canal–, si nadie lo ignoraba”, porque además “era difícil que en una tarde de horno como aquélla, pudiese encontrarse en todo el norte argentino y fuera de la zona palúdica más de cuatro personas en condiciones de sentir un escalofrío en la más sorprendente de las noticias” (LB n° 3: 2).

Si Capdevila, más allá de sus prejuicios y amor propio herido, ponía de relieve la “escasa o nula tradición cultural” que **La Brasa** admitía en “Motivos de arranque”, Canal Feijóo prefería mostrar ahora al poeta –y sobre todo a sus conciudadanos– los cambios que venían produciéndose, las posibilidades y realizaciones culturales en las que el mismo grupo estaba empeñado. Si se trataba de extender en la ciudad una nueva relación con la cultura legítima, no era solidarizándose con el discurso de la incultura insuperable como lo conseguiría. Más bien desplegó el artículo de Capdevila en las páginas de **La Brasa**, por si alguien no lo hubiera leído, y desafió implícitamente a los santiagueños a desmentirlo.

## Vanguardia entre provincia y pago

Treinta años después, viviendo ya Canal Feijóo fuera de Santiago, se detenía a reflexionar sobre las razones de Ricardo Rojas para nombrar a Santiago como “país” y no como “provincia” de la selva (Canal Feijóo, 1958). La provincia alude al concepto jurídico y a la división política “que superpone a la idea absoluta de pago una presunción cartográfica revisible [sic]”, decía entonces. Si, como afirma Fernanda Beigel, la categoría “vanguardia [...] formó parte del universo discursivo de América Latina desde principios del siglo XX y [...] recorrió su propio camino, desde el punto de vista histórico y en cuanto a su conceptualización y delimitación teórica” (Beigel, 2006: 27), entonces tal vez sea posible en estos

bordes provinciales, donde el carácter periférico va de la mano con la dependencia y el empobrecimiento, adscribir a grupos como **La Brasa** a un cierto tipo de vanguardia cultural. Mirado ya no desde la provincia sino desde el arraigo de un “país” –el “pago”–, los jóvenes brasistas no eran imitadores de vanguardias dominantes pero tampoco podían ser miembros plenos de una comunidad imaginaria de artistas y escritores en ruptura completa con el espacio que los cobijaba. Eran más bien productores de gestos, textos y proyectos, que en el marco limitado de sus condiciones de posibilidad, reaccionaban creativamente contra el encierro del espíritu provinciano.

## Referencias bibliográficas

### Anales de la Biblioteca Sarmiento (ABS)

Beigel, Fernanda (2006), **La epopeya de una generación y una revista. Las redes editoriales de José Carlos Mariátegui en América Latina**, Buenos Aires, Biblos.

Canal Feijóo, Bernardo (1958), “Las provincias en la obra de Ricardo Rojas”, en **Revista de la Universidad de Buenos Aires**, V época, año III, n° 3.

Cartier de Haman, Marta (1975), **Las instituciones culturales en Santiago del Estero**, Santiago del Estero, Edición de autor.

**Clarín**, Córdoba, 1926-1927 (Clarín)

Guzmán, Daniel (2010), **Los inmortales. Intelectuales arielistas, vida cultural e ideas en el Santiago moderno (1917-1920)**, Santiago del Estero, Edición de autor.

Iglesias, Paulina (2012), “Pettoruti en contexto: instituciones, redes artístico- intelectuales y culturas visuales (Córdoba, 1926)”, en **Síntesis**, n° 3, Córdoba, UNC.

**La Brasa** (2010), Edición Facsimilar de los periódicos del movimiento La Brasa, Santiago del Estero (LB).

Landsman, Enrique (1999), **La producción intelectual y la formación del discurso sociológico en Santiago del Estero**, Tesis de licenciatura en sociología, Santiago del Estero, UNSE.

### Libros de Actas de la Sociedad Sarmiento (LASS)

Martínez, A. T.; Taboada, C. y Auat, A. (2011), **Los hermanos Wagner: entre ciencia, mito y poesía. Arqueología, campo arqueológico nacional y construcción de identidad en Santiago del Estero. 1920-1940**, Bernal, UNQ. [2003, Santiago del Estero, UCSE]

Martínez, Ana Teresa (2003), “Entre el notable y el intelectual. Las virtualidades del modelo de campo para analizar una sociedad en transformación (Santiago del Estero 1920-1930)”, en **Revista Andina** N° 37, segundo semestre., Cusco, Perú, CBC.

Martínez, Ana Teresa (2007), “Para estudiar campos periféricos. Un ensayo sobre las condiciones de utilización fecunda de la teoría del campo de Pierre Bourdieu”, en **Trabajo y sociedad**, Santiago del Estero, UNSE.

Martínez, Ana Teresa (en prensa), “La Brasa, un cruce extracéntrico”, estudio preliminar a la reedición facsimilar del periódico **La Brasa**, Buenos Aires, Biblioteca Nacional.

Rojas, Ricardo, “Santiago del Estero” en **Las provincias, Obras de Ricardo Rojas**, T. XVIII, Buenos Aires, La Facultad, 1927.

**Resumen**

La Asociación Cultural La Brasa comenzó a reunirse en 1925 en Santiago del Estero, organizó conferencias y sesiones de lectura, y en 1927 emprendió la tarea de publicar un **Periódico de artes y letras** que se sostuvo hasta 1928, publicándose ocho números. El primero cerraba con una reflexión titulada "Motivos de arranque". En ella se decía que el emprendimiento no respondía a "un acto de inspiración arbitraria", sino a "un precipitado capital y propio del ambiente". El trabajo rastrea los indicios que permiten comprender de qué se trataba este "precipitado" que parecía producir por sí mismo una revista cultural y un movimiento con tintes de vanguardia, en una provincia con el 66% de analfabetismo y cuya capital tenía por entonces unos 23.000 habitantes.

**Palabras clave**

Vanguardias periféricas; Santiago del Estero; Asociación La Brasa.

**Abstract**

The Cultural Association La Brasa began to meet in 1925 in Santiago del Estero, Argentina. It organized conferences and reading sessions, and in 1927 undertook the task of publishing a **Newspaper of arts and letters** that could be held until 1928, eight numbers were published. The first, closed with a reflection entitled "Reasons for starting". It said that the endeavor did not respond to "an act of arbitrary inspiration", but to "a precipitate of the environment". This paper follow the indications to understand the meaning of this "precipitated", that seemed to produce by itself a cultural magazine and a vanguard movement in a province with the 66% of illiteracy and whose capital was then about 23.000 inhabitants.

**Keywords**

Peripheral vanguard; Santiago del Estero; La Brasa Association.